Tres errores de los hijos de la Iglesia Católica

Domingo 09 del tiempo ordinario C 2013

Las fuerzas de la ocupación romana se hacían sentir en todo el territorio de Israel en tiempos de Cristo. Los judíos consideraban este hecho como una gran aberración y una vergüenza para el pueblo judío y a toda costa hubieran optado por mandar a los romanos muy lejos, tan lejos como a su propia patria. Sin embargo a regañadientes soportaban aquella esclavitud, y el hecho de tener que pagar impuestos a una nación pagana, pues no se había llegado el momento de su liberación. Tendrían que pasar todavía muchos años.

Pues sucedió que en Cafarnaúm, que era la segunda patria de Jesús, existía un oficial romano, un centurión, lo cual quiere decir que por lo menos un centenar de soldados estaban a su cargo, cuidando el orden desde aquella ciudad, y atendiendo a los intereses de los romanos. Pero este oficial tuvo tres errores, primero, se mostró simpatizante con el pueblo hebreo, hasta construirles una sinagoga donde pudieran reunirse para escuchar la voz de su Dios y entretenerse en la lectura de su mensaje.

Segundo, cosa rara en un militar, tenía simpatía por sus soldados y sus sirvientes, hasta interesarse por sus necesidades materiales y por sus enfermedades.

Y el tercer error, el más grande, fue el mostrarse simpatizante del mismo Cristo. Es por esto, que teniendo en casa un criado que había enfermado gravemente, mandó una embajada con los principales de la sinagoga, para pedirle a Cristo que curara a su criado. Confiado en los favores que había hecho a los judíos, estaba seguro de que su embajada tendría un éxito seguro. Efectivamente, su embajada tuvo éxito y consiguió que Cristo se fuera a la casa del oficial. Pero sorpresivamente, éste mandó una segunda embajada para comunicarle al Maestro que no se molestara en venir a su casa, pues se mostraba indigno de recibirlo, y sólo le pedía que aunque fuera a distancia, mandara que su criado quedara curado, y daba la razón, pues él que tenía soldados a su cargo, sabía que el soldado está para obedecer al instante la voz de su amo. Esto llamó poderosamente la atención de Cristo Jesús, que no dudó en poner la actitud del oficial romano como un modelo para muchos creyentes judíos, exclamando: "En verdad les digo que ni en Israel he hallado una fe tan grande". Y fue en verdad tan grande la confianza del centurión, que la Iglesia pone en boca de los cristianos, sus palabras, precisamente antes de recibir a Cristo Jesús en el sacramento eucarístico: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme".

Benditos errores del centurión, que suscitan en nosotros tres actitudes distintas. En primer lugar, tendríamos que mostrarnos simpatizantes de nuestra Iglesia romana, ahora que en la elección del Papa Francisco sacaron a la luz los errores de la Iglesia fingidos unos, ciertos unos, y magnificados muchos de ellos. No podemos olvidarnos que a pesar de sus errores, sigue siendo nuestra madre y por lo tanto, nuestra actitud tendrá que ser no de simple aceptación, sino de una actitud de tal manera digna, que vayamos alejando de nuestra Iglesia los errores de los que ahora nos avergonzamos.

Segundo, como el centurión, nosotros tendríamos que vivir vivamente interesados en el bien de los hombres, hasta sentirlos hermanos nuestros, sin esas diferencias tontas que nos dividen, el dinero, los estudios, la posición social, porque al fin y al cabo, fuera de los trapitos que podamos traer puestos, por abajo todos somos iguales y no podemos alegar siquiera el color de la piel, pues por todos dio Cristo su vida.

Finalmente, también nosotros tendremos que mostrarnos simpatizantes de Cristo Jesús, aunque esa expresión se queda corta, pues no podemos olvidarnos de que Cristo es precisamente el Hijo de Dios, de quien depende nuestra salvación, y en este año de la fe, tendremos que afinar nuestra fe en él, considerado no como un personaje histórico, sino como una persona con la que nosotros tendremos que relacionarnos y llevar a otras gentes a que también se encuentren con él. Y no estará por demás, tomar en serio las palabras preparatorias a nuestra comunión en la Eucaristía: “Señor, yo no soy digno…”

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx